

—No, Isabel; pues tu confesion ha sido voluntaria; y no intento averiguar qué hubiera pasado por mí si lo hubiera sabido por boca de extraños. Después de todo, tú has caído en una tentación á que están expuestas las mujeres de los ricos mucho mas que las de los pobres. Las gentes que trafican no son tan tontas que den mucho al fiado á los *marchantes* que no puedan nunca pagarles... aunque...

—Maldito el cuidado les da de las pesadumbres que acarrean entre los ricos, interrumpió Isabel amargamente.

—Mira: tambien es menester confesar que por ambas partes hay culpa. A las niñas de tu condicion rara vez se les enseña á conocer lo que vale el dinero y que la integridad en materias de dinero debe ser para ellas un punto de honor. Ahora, óyeme lo que voy á decirte por último, y para que no volvamos á hablar nunca sobre este desagradable asunto. Supongo que tendrás la mas completa confianza en tu doncella y aquí para nosotros debe estar muy en el secreto: la induciremos á ser discreta cerrando para siempre nuestras puertas á madama Lumieres. Lo demás corre de mi cuenta. Dobleemos ya esta hoja. Vamos á mandar poner el coche y te llevaré á ver el brazalet.

—No, querido Estévan, no pensemos en el brazalet.

—Sí, sí. Aunque gracias á Dios, lo que ha pasado no ha sido una riña, ha sido sin embargo un mal rato que hemos tenido y es preciso que haya una ofrenda de paz. Y además, quiero que entiendas que mi voluntad y mis arbitrios de regalarte están muy léjos de haberse agotado.

—¡Cómo pude yo dudar de tu bondad! decia Isabel sollozando y derramando lágrimas de júbilo. Pero solo un marido como tú puede ser tan generoso, Estévan.

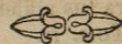
—Creo que pocos maridos habrá que no

aprecien la verdad y el candor como una de las primeras virtudes conyugales. ¡Ah! si hubieras tenido confianza en mí desde un principio, ¡cuánta pena no nos habríamos ahorrado ambos!

Abecé.

AMANTES Y MARIDOS.

Caso extraño es y triste, pero muy cierto no obstante, que cuando las jóvenes se consideran enamoradas rara vez ó ninguna, en llegando á casarse con el que es objeto de su amor, logran ser felices; sucediendo casi siempre que el que han elegido por esposo viene á resultar como individuo, muy distinta cosa de lo que ellas se habian imaginado cuando le trataron de novio. La imaginacion es hasta cierto punto mas fuerte que el juicio; y tan luego como se despierta en el corazon de una mujer la primera idea de amor, pónese la imaginacion á trabajar activamente en modelarse un amante, pero no así como quiera, sino dotado de todas las prendas propias para el objeto de su culto. El primer hombre cuya apariencia y cuyos modales le llaman la atencion á una joven á su entrada en el mundo, revístele ella por lo general de todas las perfecciones que se ha forjado en su mente, y considérase luego locamente apasionada de él sin tener el mas leve conocimiento de las verdaderas cualidades morales del hombre de quien se cree enamorada. ¡Es de maravillarse de que desposándose bajo estas circunstancias sea desgraciada! El objeto de su amor desaparece con la bendicion nupcial para no tornar nunca; y al abrir sus ojos á la realidad, mírase la alucinada mujer atada para toda su vida á un hombre que no puede menos de detestar, porque cree que se ha engañado con él.



ELENA LEITON.

(Traducida del inglés por Eufemio Romero.)



EL sol, acercándose ya al término de su cotidiana carrera, vibraba por despedida escasos rayos de viva y dorada luz á través del ramaje de los colosales y añosos álamos que orillaban en simétricas hileras el delicioso jardín en que Elena Léiton pasaba gratamente el tiempo pensando en su amante. Ora se agachaba á cortar una flor, ora se paraba á remirar con alegres ojos un anillo que jugando revolvía entre sus manos, y luego, por efecto de un sentimiento, de una replecion de amor de que solo tienen idea los enamorados inocentes y leales, particularmente cuando son jóvenes y romancescos, suspiraba al ver los primeros fulgores trémulos de la luna, á medida que el astro argentado de la noche asomaba su disco por el oriente, sintiendo la amante doncella introducirse poco á poco en su corazon una melancolía cuyo origen ni aun ella misma hubiera podido descubrir.

Aquí en este propio jardín, dias pasados, habia sorprendido el amor á Elena, manifestándose á ella por medio del mas tierno lenguaje: ella por su parte habia tratado de mirar con desden al que la cortejaba con rendida solicitud; pero la perseverancia se llevó al fin la palma, y el

anillo de esponsales vino al cabo á ser el indicante del triunfo del amartelado doncel. Y Elena, poniendo en ejercicio su vivísima fantasía, de antemano se saboreaba con la sabrosa idea de su ansiado dia de bodas, ese dia de gloria suprema para toda joven de imaginacion ardiente, que tantos suspiros arranca y tan halagueñas ilusiones engendra. Representábase á sí propia la gozosa niña los costosísimos y brillantes atavíos que al altar llevaria, la lozanía de su propio rostro, realzado con la satisfaccion de su pecho, en él pintado; la noble apostura de su gallardo novio, ostentando el oro y el terciopelo; la admiracion y los elogios de sus doncellas; el alegre tañido de las campanas anunciando su triunfal llegada á la iglesia; las flores que estarian regadas á su tránsito y que su planta hollaría ufana, al pasar por en medio de una valla de embelesados espectadores, para dirigirse al pié de las aras; todo esto y mucho mas que no decimos lo repasaba ella de continuo en su mente, y palpitábale el corazon de júbilo, júbilo que casi, tocándose los extremos, rayaba en tristeza.

En la vida pasada de Elena no habia una sola memoria de afliccion, el mas le-

ve rastro de dolor ó pena. Desde sus más tiernos años la venturosa criatura había probado todos los gustos que puede proporcionar la riqueza en manos de unos padres tiernos, y hasta las ligeras mortificaciones que suelen sufrir los niños más dichosos cuando no hay quien esté pendiente de sus pasos, habían sido para ella ignoradas. En su infancia nunca tuvo un deseo que no viera satisfecho en el acto, y cuando ya más grandecita las numerosas novelas que leía la instruyeron en que tenía de amar algún día y que un galán rico, gallardo y romántico había de hacer menos monótona su existencia; entonces como por encantamiento, se presentó un amante á su vista.

Sir Enrique Cártenay, el jóven dueño de un alcázar de las inmediaciones, después de haberse saciado de los placeres de Londres, tuvo un día la feliz ocurrencia de meterse á buen vivir y retrájose á sus campesinos dominios. Allí vió y suspiró, y más tardó en pretender que en lograr. Ello es verdad que Elena se anduvo regateando al principio, pero muy luego se humanizó y otorgó con su amor su linda mano: lleno de satisfacción su padre, dió su consentimiento, el anillo de esponsales fué puesto amorosa y suavemente en el precioso dedo de la ufana novia, señalóse el dichoso día de la boda y todas las amigas y compañeras de la futura así como todos los amigos y compañeros del futuro rabiaban de envidia, y con sobrada razón, de la dama ellas y del galán ellos.

El sitio en donde Elena se mantenía cavando en su delicioso porvenir estaba entapizado de lozano y esmaltado césped; pero la luna, que ya se había levantado bastante en el horizonte, no llegaba á alumbrar el paraje donde ella estaba, bien que tendiera una ancha faja de argentada luz sobre los objetos que en frente de la jóven se ha-

llaban. De improviso alcanzó á ver entrar por el postigo de su alcázar la gallarda estatura de un caballero... Conociólo al punto Elena, pues ¿quién otro podría ser fuera del único hombre que sin cesar ardía en deseos de verla y á la sazón venía por de contado en su busca? La luna agrandaba su corpulenta estatura y jugueteaba en torno de él, reflejándose primero en el puño de su brillante tizona y besando la oscura pluma de su gorro. Olvidándose la jóven al verle del puntillo que la hacia aguardarse á ser buscada, aun de su mismo amante antes que no ser ella la que buscarse, partió corriendo á recibirle.

—¡Mi dueño de mi vida! exclamó arrebatada de júbilo; ¡qué de veras bondadoso eres! Cuánto diera mi alma por tenerte á su lado, por toda una eternidad si dable fuera. En verdad que ni por sueño me pasaba que hubieran de verte mis ojos hasta mañana.

—Quizá, corazón mio, no me verás mañana, contestó gravemente el galán tendiendo su brazo al rededor del cuello de su amada.

—He estado pensando más y más en el día de nuestro desposorio, prosiguió Elena, y en todo el acompañamiento que hemos de tener. ¿Sabes que ya no me gusta la manera en que lo hemos dispuesto? estoy segura de que tampoco á tí te gustará cuando lo mires despacio. ¡Cadena nupcial de plata!... ¡yo con túnica blanca!... ¡las niñas del acompañamiento vestidas de blanco!... ¡qué feo!... Y si ríegan lirios por donde paso, parecerá la fiesta un entierro más bien que no un desposorio. ¿No te parece mejor un rosario de encarnadas rosas para mí, un traje de color verde para las niñas, á manera de uñas preciosas hechiceras?... Pero ¡válgame el cielo, sir Enrique! ¿Por qué estás tan callado? ¡Ay! qué, ¿no me atiendes á lo que te digo?

Hallábanse los dos amantes sentados en un cenador situado en el centro del jardín y formado con jazmin y madre selva entretrejidos, mezclados aquí y allí de rosas que habían sido introducidas con el mayor esmero por entre aquellos y que daban con su fragancia el perfume más exquisito á las demás flores. Mientras Elena explicaba tan candorosamente sus pensamientos, sir Enrique, sin que lo hubiera ella advertido en un principio, estaba reclinado, cruzado de brazos y oculto entre ellos su rostro, sobre la mesa que allí había y sin dar más respuesta á las razones de la jóven que congojosos suspiros.

—¡Pasáte por los imaginarios espacios! barbotó al fin él con dolorido acento: ¡ay! ¡deleita tu pensamiento, incauta y burlada criatura, con desposorios y nupciales fiestas, mas nunca pienses en desposorios conmigo! ¡No hay remedio! agregó levantando la cabeza y triunfando de la visible agitación que se leía en su rostro: ¡tengo de decirlo por más que me cueste! No tengo que quejarme por mí de la miseria que hoy me asalta, cuando yo, yo mismo me la he buscado con mi dispada vida... Tó, Elena de mi corazón, tú eres la que inocentemente vas á padecerlo.

—¡Sir Enrique! ¡qué palabras son esas que estás profiriendo?... ¡Qué quiere decir eso?... ¡No es verdad que oyen mis oídos cosas que no profieren tus labios?

—No, Elena mía; oyes bien. Escúchame, único amor mio, escúchame con sosiego, vida mía, y por Dios te ruego que hagas cuanto puedas, si es que puedes, por no aumentar mi infortunio vituperándome. Soy un delincuente, lo confieso; pero mira que he pagado con mi completa ruina. En dos palabras, dueño mio, te he engañado villanamente hasta hoy, y hoy que ya no puedo seguir engañándote, aquí tienes que vengo á decirte lo.

—¡Engañado, sir Enrique! ¡Cómo!... ¡Eso no puede ser! Tú has ganado mi voluntad, yo te he dado mi corazón y estamos prometidos, y estamos para desposarnos... De seguro, mi dueño, no habreis empeñado vuestra fe con otra, antes, con quien quisieredes casaros, dejando á vuestra pobre Elena Léiton llorando en secreto por vos, y condenándola á morir antes que pueda deciros que os ha perdonado.

—No me culpes por ese lado. ¡Gracias al cielo que no soy tan villano! Te he engañado, es verdad; pero no te engañaba yo de ninguna suerte cuando afinado á tus plantas te juraba que te amaba sobre cuanto en la faz de la tierra había. Otra y más vil é indigna de pecho varonil es la falsedad mía: cual despreciable farsante, me he hecho pasar por otro que el que soy... Vos me habeis tenido por hombre poderoso y distinguido, mientras no soy más que un deshonorado y un mendigo. Mi hacienda la he derramado en ostentar como un marqués, joyas y brocados, en cabalgar las mejores cabalgaduras y en cortejar á las más soberbias damas de la corte; mis tierras están empeñadas y empeñadas al más bellaco de los hombres. No tengo ni un maravedí de que echar mano... se ha trabado ejecución en mis bienes, y hoy mismo me veo despedido de todos los hermosos dominios que antes me enorgullecía en tener por míos. ¡Estoy perdido, señora, estoy perdido!

Copioso llanto brotaba de los bellos ojos de Elena durante esta lastimosa relación de su novio; mas para que él no se desconsolara más viéndoselas, enjugóselas de pronto.

—Mi padre es poderoso en caudal, sir Enrique... díjole ella con suma ternura, como temiendo de lastimar el altivo corazón de su amado; mi padre es poderoso en caudal y todos sabemos cuán buena alma tiene. Hará cuanto se quiera por librar

de penas á su hija, especialmente si tú eres, dueño y señor mio, quien necesita su amparo, pues te ha conocido, amor de mi vida, y te ha querido desde niño. ¡Si no llevaras á mal que yo me atreviera á interesarle por tí!...

—Elena, prorumpió al punto sir Enrique, en vuestra vida hablásteis razones que menos me agradaran. Soy demasiado altivo, señora, para pedir á nadie que pague mis propias deudas, especialmente al hombre á quien he ofendido en su hija. ¡Muy mal estaria en mí asaltarle, como quien dice, á manera de forajido, y arrancarle su dinero so pretexto de las lágrimas que pudiéades verter; de lo mucho que me amais, de los pesares que le acarrearía el que no me comprase para desposarme con vos! Desechad, desechad de vos ese pensamiento que á punto está de volverme el juicio. ¡No! El sol de mañana revelará todo, cuando yo, doblemente cobarde haya huido lejos de la familia que ha sumergido mi villanía en la desdicha... pero yo daré al mundo cuantas satisfacciones pueda, y en las guerras de Flandes buscaré una honrosa muerte que repare mis iniquidades. Marcho pues á Flandes, Elena, y me hubiera de seguro ausentado sin despedirme de vos, si hubiera podido partir sin vuestro perdon. A eso tan solo he venido á veros. Decidme, decidme, inocente y pura doncella, decidme que me perdonais; y parto al punto... para no volver á veros nunca... jamás... si el cielo no permite que nos reunamos en la mansion de los justos.

La pobre criatura, la angustiada amante hubiera querido hablar, no para decirle que le perdonaba con toda su alma, pues hartó á las claras se lo decian ya sus ojos, sino sí para dar suelta á la efusion de su amor, para darle á conocer cuán ligada estaba su existencia con la de él, cuán im-

posible era que pudiese arrancarse de su corazon la adorada imágen de su dueño; en fin, que no podia vivir sino para él y con él. Mas cuando buscó palabras, tan solo lágrimas halló, y no pudo responderle mas que con reclinar sobre el hombro de su amante la cabeza y dar suelta á su amargo llanto.

—¡Bien está! dijo sir Enrique; soy en verdad un pecador indigno de perdon. Ni yo tampoco me perdonaré jamás; y bien sabré en medio del rigor del fuego, y subido sobre la mas peligrosa brecha pagar mi pecado con mi vida, y así satisfecho el mundo verá el misericordioso cielo con ojos de compasion mi alma. ¡A dios pues para siempre! ¡No me mireis, no, con ira, inocente Elena Léiton; no mireis con enojo mi memoria!

No oyó Elena estas últimas palabras del doncel, pues creyó que siempre le estaba hablando y diciéndole tiernos conceptos, ni tampoco sintió que suavemente la apartó de sí, pues estaba la infeliz casi sin juicio de dolor...

Ya que todo hubo quedado en el mas completo silencio, levantó Elena sus extraviados ojos... Y no vió nada, no vió mas que la fria luna plateando las torrecillas del alcázar paterno y sus tranquilos rayos reposando sosegadamente en las oscuras y largas avenidas, taraceadas con la luz que se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista por el camino en que se levantaba la robusta fábrica. Y miró y estuvo remirando largo trecho las anchas sombras de los árboles de la floresta que el astro de la noche tendia sobre la tierra, pues seguia ella con la vista la forma de un corpulento caballero que se deslizaba precipitadamente por entre ellos. Perdióse al fin la sombra humana á los ojos, y cuando ya no pudo la pobre doncella percibirla, tornóse al cenador y allí llo-

ró y lloró tanto, que no parecia sino que iba á rendir el alma á manos de la angustia.

Elena Léiton se mantuvo encerrada en su aposento durante muchos dias, y lloró la ausencia de su amante por muchas semanas. El cáncer de la pena comenzaba á minar sus preciosas mejillas, cuando recibió de sir Enrique un billete en que la informaba de estar en muy buenos términos con el jefe de las tropas que estaban destinadas á dar un desesperado asalto á la ciudad que desde mucho atrás tenian sitiada. Apodérase al punto de Elena un temerario pensamiento. El temor de que el asalto cueste la vida á su amado, y el deseo de verle le sugieren la determinacion de quitarse el vestido de su sexo y marchar en traje de hombre al ejército.

Habiendo tenido el mas feliz éxito su empresa, sentó plaza entre las tropas que sir Enrique comandaba, y sin ser conocida de su amante, peleó á su lado en un reñido encuentro en que fueron deshechos los ingleses. Como estaba sir Enrique disponiendo el orden de la retirada, una bala disparada por los enemigos le atravesó el hombro izquierdo, penetrándole hasta el corazon. En el acto cayó en tierra sin vida. Elena desesperada se arrojó sobre el cuerpo exánime, y viniendo una fuerza de caballería enemiga en persecucion de los fugitivos, pasó todo él por encima de la postrada doncella... Y el espíritu de la infortunada Elena voló con el de su amante á la mansion excelsa.

Al dia siguiente, cuando los combatientes levantaron los cadáveres del campo, descubrióse el sexo de la pobre niña, y su cuerpo, junto con el de sir Enrique, fué depositado en la fosa, en medio de las lágrimas que arrancaron los infortunios de ambos amantes.

CHARADA.

Cuatro sílabas cabales
En mi charada verás
Y diez letras le hallarás
Consonantes y vocales.
Tú, lector, dispensarás
Si lacónica no soy,
Pues muchas cosas oirás
En lo que á decirte voy.
Primera y segunda son
Voz de mando militar,
Y en el manejo de su arma
Al soldado se ha de dar.
Tercia con cuarta compone
Sin que se admita disfraz,
El nombre de un santo mártir,
Que si buscas le hallarás.
Prima y una letra mas,
Te darán un material
Que los templos y las casas
Le tienen por esencial.
Mi todo en fin viene á ser
Una invencion muy antigua,
Y que encontrarás en ella
De tus abuelos la vida.

Después de lo que te he dicho
Tú mi palabra destrozás,
Y en combinaciones varias
Encontrarás muchas cosas.
Es un nombre masculino,
Cosa en el altar precisa,
Y un producto vegetal
Propio para tu camisa.
Un nombre que igual es
Al hombre y á un animal,
En las fieras conocido
Por este nombre especial.
El signo de una virtud,
El nombre de una mujer,
Alimento de un enfermo,
Lo que el pobre desea ser;
El nombre de una italiana
Allá en Roma coronada;

La parte que del cordero
 Es mejor cuando es delgada.
 Se encuentran dos apellidos,
 Lo que entre un bordado se halla,
 Y la cosa que á un barril
 Cuando le falta desmaya.
 El instrumento de un poeta,
 Un instrumento guerrero,
 Y algo que para su oficio
 Necesita un carpintero.
 Hay parte de una ave sola,
 Y de dos aves el nombre,
 Y una parte del caballo
 Que tú buscarás el nombre.
 Es cosa que en toda plaza
 Donde hay mando militar,
 Se debe poner escolta
 Para poderse escuchar.
 Es una ciudad de Egipto,
 Con otra ciudad de Francia,
 De Morelia un pueblecito
 De poca preponderancia.
 Es del obrajero un útil,
 De una catedral prelado,
 De labranza un instrumento
 De palo y fierro formado;
 Lo que un puente y una flecha
 Igualmente necesitan,
 Lo que por el puente pasa
 Y que sus bordes limitan.
 Hay el nombre de una diosa,
 Que gentiles adoraron,
 Y en servicio de la cual
 Víctimas sacrificaron.
 Una heroína americana
 Tambien aquí encontrarás,
 Y la parte de tu cuerpo
 Que mas hermosa querrás.
 Una figura geométrica,
 Encontrarás por final,
 Y el nombre de un mandarin
 Allá en el reino oriental.
 En fin, si buscara mas
 Otras mil cosas hallara

Que hicieran interminable
 Esta cansada charada.

La solucion en el número siguiente.

EXPLICACION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR:
 EL FAROL.

LA BONDAD.

Un buen corazon es como la fruta ma-
 dura que cuelga tan á la mano que cual-
 quiera puede cortarla, mientras que la
 fruta verde está fuera de alcance.

LA INFANCIA.

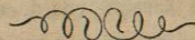
De cuantos espectáculos son propios pa-
 ra ablandar y humanizar el corazon del
 hombre, ninguno debería penetrarle tan-
 to como el de los inocentes párvulos dis-
 frutando en medio de sus juegos, la feli-
 cidad de su inocencia.

VIVIR PARA AMAR.

Ama el hombre las cosas, como los he-
 chos, los bienes y las riquezas: la mujer
 ama á las personas. Aun en la niñez, la
 muchachita ama á una imitacion de la hu-
 manidad, su muñeca, y trabaja para ella;
 el muchacho agarra su caballo de palo ó
 sus herramientas y trabaja con ellos. Pe-
 ro la mas noble de las cualidades con que
 la naturaleza ha dotado á la mujer para
 bien del mundo, es el amor, ese amor que
 no solicita simpatía ni correspondencia.
 El niño es objeto de amor, de halagos y
 esmeros, y tan solo con berrinches y chi-
 llidos paga esto, viniendo á suceder que
 la débil criatura que mas necesita, recom-
 pensa peor. Pero la madre no desmaya
 ni se irrita: mientras mas ingrato es el hi-
 jo, mientras mas necesita este de ella, mas
 y mas crece su amor, y á la vez que el
 padre quiere mas al mas fuerte de sus hi-
 jos, la madre se desvive por el mas débil.

LA COMPRA DEL ANILLO.

Por lady Ernestina Wood.



Pues no deja de ser una gracia en Mr.
 Jarkle Widdaspoon' eso de comprar el a-
 nillo él, decia la preciosa Clara Towe-
 ring, con acento de mofa, pues la tenia
 indignada en supremo grado el recelo de
 que su novio llegase á tener el atrevimien-
 to, á cometer el desafuero inaudito de
 comprar el anillo nupcial, de su motivo
 propio, sin contar con su gusto de ella.

—El caso da sin duda en qué pensar,
 vida mia, contestó mistress Major Towe-
 ring, que ya habia soñado quién sabe
 cuántos sueños de grandeza y felicidades
 con el caudalon de su futuro yerno el ri-
 cacho Jarkle Widdaspoon. Sí, prosiguió,
 el caso es para pensado.

En esto, el consabido Widdaspoon, el
 apetecido yerno en cuerpo y alma, se pre-
 sentó en la sala donde de él hablaban la
 futura esposa y la presunta suegra. Iba
 á la sazón de muy bello humor el sobre-
 dicho novio, como que tenia la esperanza
 de que en aquel mismo dia sin mas tar-
 dar, quedaria determinada irrevocable-
 mente la hora y punto en que habria de
 celebrarse la suspirada union.

Pero al presentarse él así, en tan exce-
 lente disposicion para recibir la próxima
 amorosa coyunda, sátele al encuentro la
 dama de sus matrimoniales pensamientos

y con ceñuda cara y destemplada voz:

—¡Mister Jarkle Widdaspoon, exclama,
 cuando me case yo, cuento con que
 se solicitará mi permiso y se consultará
 mi gusto antes de dar paso á comprar el
 anillo nupcial!

El amante á estas palabras se quedó
 de una pieza; mas recobrando luego un
 tanto su serenidad, suplicó humildemen-
 te la gracia de que se le explicase lo que
 aquello queria decir.

La niña no se hizo de rogar, y manifes-
 tóle sin preámbulos que tendria un ver-
 dadero y profundo sentimiento con que se
 comprase el anillo sin su conocimiento
 previo.

—Bien está, mi preciosa Clara; supon-
 gamos que aun no está comprado este a-
 nillo: ahora, te pido tu permiso para com-
 prártelo.

Pero el caso es que no estaba la niña
 porque se procediera bajo el tal supuesto;
 pues en resumidas cuentas no queria ella
 consentir por ningun camino, en ser des-
 posada con aquel anillo: precisamente el
 anillo aquel que le habia comprado su no-
 vio era el que menos le cuajaba para pren-
 da nupcial.

—Norabuena, cielo mio, dijo al fin el
 galan, cuando se hubo persuadido de que
 Clara no daba su brazo á torcer en la gra-
 P.—20